

PRESIDENCIA DE LA NACION
SECRETARIA DE CULTURA
SUBSECRETARIA DE ACCION CULTURAL
DIRECCION GENERAL DE INVESTIGACION Y PRESERVACION CULTURAL

CUADERNOS

DEL INSTITUTO NACIONAL
DE ANTROPOLOGIA

9

BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA

1979 - 1982

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

3 de Febrero 1378

Tel. 783-6554 - Buenos Aires

República Argentina

CUADERNOS
DEL INSTITUTO NACIONAL
DE ANTROPOLOGIA

DOCTORA DIANA S. ROLANDI DE PERROT

Los autores son responsables de las ideas expuestas en sus respectivos trabajos

PRESIDENCIA DE LA NACION
SECRETARIA DE CULTURA
SUBSECRETARIA DE ACCION CULTURAL
DIRECCION GENERAL DE INVESTIGACION Y PRESERVACION CULTURAL

CUADERNOS
DEL INSTITUTO NACIONAL
DE ANTROPOLOGIA

9

BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA

1979 - 1982

FOLKLORE Y EDUCACION: Reflexiones sobre el tema

MARTA BLACHE

En la Argentina el deseo de incorporar el conocimiento folklórico a la educación sistemática se manifiesta desde principios de siglo. Ricardo Rojas propone en 1909 una recolección completa del folklore argentino y la edición de una antología de tradiciones populares como parte de un plan educacional ⁽¹⁾. Este anhelo se concreta en parte al realizarse en 1921 la Encuesta de Folklore Argentino efectuada por intermedio de maestros rurales distribuidos en las distintas provincias. En 1939 el Consejo Nacional de Educación, organismo que patrocinara dicha encuesta, dispone seleccionar y adaptar el material obtenido para adecuarlo a la enseñanza primaria ⁽²⁾.

Desde entonces la aplicación del folklore al sistema educativo es una problemática que ha interesado por igual a educadores y folkloristas ⁽³⁾. La Junta de Ministros y Directores de Educación de las Repúblicas Americanas reunida en Panamá en 1943 recomienda que el folklore se divulgue en las escuelas primarias, secundarias y normales ⁽⁴⁾. Los folkloristas, captan de inmediato esta inquietud, como se pone de manifiesto en el artículo de Ralph Steele Boggs publicado en 1946 y en la obra de Ismael Moya, *Didáctica del Folklore*, editada dos años después ⁽⁵⁾.

Del mismo modo autores de distintas nacionalidades se abocan a implementar esta posibilidad. Entre ellos podemos citar algunos tales como Eduardo M. Torner y Arcadio de Larrea Palacín, de España; Mildred Merino de Zela, del Perú; Alvaro Fernaud Palarea, de Venezuela; Ofelia Deleón Meléndez, de Guatemala; Clara Passafari, Augusto Raúl Cortázar y Félix Coluccio, de la Argentina ⁽⁶⁾. Menciono tan sólo aquellos trabajos que he podido consultar, pues las dos bibliotecas argentinas especializadas en temas folklóricos están desprovistas de material necesario y actualizado ⁽⁷⁾. Esto, ciertamente, dificulta la tarea de investigación y, en este caso específico, obstaculiza el examen de otras obras que se han escrito sobre la cuestión.

Entre los autores consultados, es posible señalar ciertas similitudes en sus planteos con respecto a: 1) el concepto de Folklore; 2) la recopilación y estudio del hecho folklórico; 3) el folklore vinculado al nacionalismo, y 4) la aplicación del folklore a la educación. A veces estos folkloristas se refieren concretamente a dichos aspectos y en ocasiones se infiere del contenido de los textos.

1. *El concepto de Folklore*

Varios de los autores mencionados no explicitan el concepto de Folklore en el cual se sustentan para establecer que es un hecho social con determinadas particularidades que lo singularizan en el conjunto de los fenómenos sociales.

Unos obvian definir el Folklore o la denominada “cultura folk”, otros aluden al “pueblo” sin especificar a quiénes se refieren y algunos lo enlazan con la noción de clase social. Así por ejemplo, Larrea Palacín relaciona al Folklore con lo “popular” sin precisar el alcance que le otorga a este término, pero asociándolo al ámbito rural ⁽⁸⁾. Ya en otro trabajo hemos advertido sobre una cierta ambigüedad en la terminología corrientemente utilizada por algunos folkloristas. Esto deviene del uso del lenguaje habitual y cotidiano, el cual con toda su riqueza para comunicarnos en la vida diaria puede funcionar como un obstáculo para la precisión que requiere una ciencia. De ahí la necesidad de expresar rigurosamente las nociones básicas de esta disciplina ⁽⁹⁾.

Coluccio, a su vez, vincula al Folklore con el pueblo iletrado, en tanto que Cortázar lo circunscribe a los grupos *folk*, ciñéndolo a la clase baja. Estos autores, para determinar si un hecho es folklórico o no, se basan en la erudición del sujeto portador o en el nivel que éste ocupa en la escala social ⁽¹⁰⁾. Está implícito en estas nociones que el Folklore no estudia determinadas manifestaciones de todo ser humano, sino que de acuerdo con estos tratadistas, las reducen a un sector marginado social y/o físicamente. Social, al ubicar al individuo participante del fenómeno folklórico en los estratos más bajos de la comunidad. Física, al localizarlo en el ámbito rural exclusivamente. De ninguna manera esto sugiere una actitud desdeñosa hacia el *folk*, tan sólo indica la perspectiva histórico-social desde la cual estos especialistas abordan la disciplina.

Se observa también que, por lo general los citados autores separan el hecho folklórico del contexto en que se produce. Así sugieren que en los diversos cursos de la escuela primaria y secundaria se incluyan cuentos, leyendas, coplas, rimas, adivinanzas, refranes, canciones, danzas o artesanías, entre otras especies folklóricas. Entienden que de esta manera el educando puede relacionar conocimientos tradicionales de su sociedad, transmitidos en forma oral de generación en generación, con las nociones técnicas y científicas vinculadas a las distintas asignaturas como Lengua, Matemática, Biología, Geografía, Astronomía o Historia. Consideran que el folklore puede ser un valioso instrumento pedagógico para informar y formar al alumno.

Sin duda hay, tanto en los folkloristas como en los pedagogos que esto proponen, un genuino deseo de que los alumnos logren conciliar los valores de la educación formal con la informal. Estimo, sin embargo, que este objetivo no logra concretarse en la medida de las expectativas de quienes lo propugnan, fundamentalmente por dos razones:

- a) No se tiene en cuenta que una de las características del hecho folklórico es que su aprendizaje se realiza de manera espontánea en oposición a la enseñanza institucional impartida por las escuelas. El folklore aflora por la propia necesidad de un grupo y no es regulado por instituciones. Escuelas, academias u organismos pueden defundir, apoyar o restaurar una manifestación, pero hasta tanto el grupo no la asimile y la vivencie como propia, no se la puede considerar un hecho folklórico. Este no es una mera repetición automática de lo aprendido sistemáticamente, sino que surge al ser participado espontáneamente por un grupo.

- b) Una leyenda, una copla, la coreografía de una danza o cualquier otra expresión, quedan desgajadas de su contexto original si no se las vincula con los individuos transmisores de esa determinada tradición y con las necesidades, inquietudes o valores expresados a través de dicho fenómeno. Por ejemplo, el análisis del Lobisón, leyenda de la zona guaraníca, incluida en algunos textos escolares, revela la dinámica cultural de quienes toman parte en esta creencia ⁽¹¹⁾. El relato está expresando metafóricamente el peligro que representa para una comunidad el individuo que se desvía de las pautas convencionales de comportamiento ⁽¹²⁾. Quienes quebranten los códigos sociales serán sancionados con la mayor desventura que le puede acaecer al hombre como es perder su condición humana. La leyenda resalta los componentes de la sociedad más propensos a este riesgo. Asimismo, las instituciones sociales y los valores grupales puestos de manifiesto por la narración. Pero esto no se desprende del mero texto anecdótico de la leyenda. Es necesario efectuar un análisis minucioso, simultáneo a la aplicación de una metodología que permita desentrañar la significación de este relato para quienes lo comparten, estableciendo previamente la vigencia que la narración tiene entre los integrantes del grupo.

Determinar el significado de un hecho folklórico, por cierto no es una tarea que puedan realizar ni el maestro ni el alumno, sino que requiere de un especialista con preparación teórica y metodológica. Este es precisamente uno de los trabajos del folklorista. El deberá verificar la vigencia de esa manifestación e interrelacionarla con otros elementos de la cultura. Es decir, el fenómeno estudiado integralmente como lo recomienda Cortázar en su obra *El Carnaval en el Folklore Calchaquí* ⁽¹³⁾. Recién entonces se podrá interpretar el hecho en su contexto cultural, que es donde adquiere su verdadera significación.

Al decir que el maestro no está preparado para efectuar la interpretación de un hecho folklórico no se pretende menospreciar su capacidad. Por el contrario, indica tan sólo que no ha recibido el adiestramiento necesario para efectuar esta labor. Del mismo modo que el folklorista no está facultado para realizar el trabajo del maestro, quien ha recibido una capacitación especial para desempeñar su misión específica.

Al tomar algunas especies consideradas convencionalmente como folklóricas, tales como cuentos, adivinanzas, canciones o artesanías, dichos estudiosos las conciben como "objetos" y no como comportamientos. "Objeto" en este caso significaría tanto la expresión que el hombre puede plasmar por medio de la palabra, como de su modo de proceder, como de un elemento que es capaz de producir. De esta manera no distinguen que no es por la calidad intrínseca de objeto que puede considerárselo folklórico, sino por ser el resultado de un comportamiento específico insertado en un contexto. "Así, por ejemplo, no son las cualidades artesanales de un poncho las que le dan la calidad de folklórico sino que la adquiere por ser el resultado de un determinado comportamiento social que lo ha producido. El examen del poncho permitirá advertir ciertas referencias, tales como técnicas, materia prima o elementos decorativos utilizados. Estos

caracteres no son en sí mismos folklóricos, sino en la medida en que transportan información sobre la actitud que generó a ese objeto, en la cual radica la calidad de lo folklórico" (14).

Esta ha sido una tendencia bastante frecuente entre folkloristas y diletantes encariñados con la tradición nacional que ha sido denominada "cosalismo" por Manuel Dannemann (15). Alude con ello a la disposición de algunos estudiosos quienes separan al individuo del hecho que es capaz de producir como si fueran entidades disociables. El, en cambio, los considera como dos fases de un mismo fenómeno que deben amalgamarse para determinar la significación del folklore. Precisamente Dannemann es quien ha insistido en que "folklore" puede darse en todo ser humano ya que es una clase de conducta posible de presentarse en determinadas circunstancias. Es él el tratadista hispanoamericano que más se aproxima a la concepción sostenida por los especialistas europeos y estadounidenses a la vanguardia de los estudios folklóricos.

También observamos que, en general, estos autores parecen asociar al folklore con lo bueno, puro y bello en oposición a la vida ciudadana a la cual conciben como contaminada y alienante. Recordemos que ellos vinculan lo folklórico con el hombre rural o iletrado o el que habita en sectores pobres de las urbes. A este respecto dice Larres Palacín:

"Ahora bien, nosotros recomendaríamos a los Maestros que, en lugar de acoger y enseñar villancicos de inspiración culta, bucearan en el propio pueblo, donde hallarán los que es tradición canten las familias (sic), con la seguridad de que nada han de desmerecer en belleza y emoción religiosa, sino más bien superar a los de procedencia más ilustrada" (16).

Cortazar por su parte afirma que el folklore es una disciplina de amor y confraternidad (17), y Merino de Zela considera que entre los valores formales subyacentes en el folklore están el heroísmo, la cooperación, solidaridad, bondad, justicia y sacrificio (18). Mientras que Fernaud Palarea consigna:

"Además, contraponíamos la escasez de recursos materiales del campesino a la progresiva deshumanización que, como desmesurado tributo que generosamente se paga en aras del progreso, sufre el hombre de la ciudad" (19).

Y más adelante agrega:

"...el joven podrá encontrar en el folklore muchas respuestas favorables al mundo de conflictos que afronta, al ponerse en contacto con ese otro mundo de sosiego y vida sencilla que brotan de las manifestaciones folklóricas" (20).

Este es un juicio aventurado y apriorístico pues potencialmente todo ser humano puede poseer virtudes y éstas no tienen que estar limitadas únicamente a un sector social o a un ámbito geográfico. Es una visión idílica del hecho folklórico y de la disciplina que lo estudia.

Predisposición que, en verdad, no es nueva en esta ciencia. Los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm, quienes ya en 1812 publican el primer volumen de su famosa colección de cuentos folklóricos, modificaron algunos rasgos que aparecían en los relatos. La perversa madrastra, en las versiones que los informantes contaron a los Grimm, era la madre de Blanca Nieves. Ellos consideraron, sin embargo, que se justificaba el cambio de rol de la madre por la madrastra pues no concordaba con la concepción romántica que deseaban mostrar como prevaleciente en la narrativa popular.

También se advierte que algunos de estos autores insisten en la urgencia de enseñar a los alumnos estos conocimientos pues consideran que el folklore está desapareciendo y es necesario rescatarlo. Eduardo Torner se refiere a esta posibilidad cuando dice:

“Pero sin la ayuda bibliográfica, como hemos indicado al principio, puede el maestro ampliar su repertorio de folklore acudiendo a la fuente viva del pueblo, y contribuirá además de este modo a que la tradición nacional se conserve todavía durante algún tiempo, en trance hoy de ser suplantada por producciones extrañas y de muy escaso valor espiritual” (21).

Ismael Moya, al elogiar la labor de los maestros que colaboraron en la Encuesta del Magisterio, acota:

“La respuesta de los maestros nacionales superó las aspiraciones más optimistas. Acuciado por un profundo apego a la tradición y un deseo inquebrantable de salvar para las generaciones futuras el tesoro del saber popular en peligro de ser arrastrado y destruido por el turbión impetuoso de las corrientes extranjerizantes, el maestro siguió fielmente las instrucciones...” (22).

Algunos especialistas consideran que con la muerte paulatina de los fenómenos folklóricos, concluye la disciplina que los estudia. Bruno Jacovella ha sido, en nuestro país, quien más ha insistido en esta posibilidad (23). Pero si admitimos que el folklore es una actitud permanente del ser humano, porque responde a necesidades fundamentales del hombre, tendremos que reconocer que no puede agonizar. Deberemos aceptar, en cambio, que irá adoptando nuevas maneras de concretarse, distintas de las que les precedieron, pero respondiendo a las modificaciones operadas en el mundo moderno.

Esto está vinculado con la forma y el contenido del hecho folklórico. En la permanencia a través del tiempo de un determinado comportamiento folklórico éste puede variar su forma o apariencia externa, o bien su contenido o los valores en él involucrados. De este modo una vasija que anteriormente se hacía para contener elementos de culto, puede con posterioridad elaborarse —con la misma técnica y forma— para ser vendida en un Mercado Artesanal. En este caso hay una similitud de forma con cambio de significación o contenido. Estaríamos entonces ante otro fenómeno que puede ser folklórico o no. Los estudiosos han tendido a soslayar estos aspectos y bastaba mencionar cuentos, canciones, danzas, artesanías u otras especies tradicionales para automáticamente considerarlas folklóricas. Como ya lo consignamos, estos géneros, sin embargo, no son folklóricos en sí mismos sino en la medida en que expresan comportamientos que reúnen las características folklóricas. Los pedagogos, a su vez, han incurrido en la misma confusión.

2. *Recopilación y estudio del hecho folklórico*

Varios autores consideran que la recopilación y análisis de los hechos folklóricos puede ejecutarlos el maestro pues son procedimientos sencillos. Esto se pone en evidencia cuando Mildred Merino de Zela dice:

“El paso inicial del maestro es capacitarse teóricamente en los fundamentos de la ciencia del Folklore; luego recopilar, clasificar, analizar, seleccionar y aplicar a la Educación el material recogido... (el maestro). Al conocer y comprender sus narraciones, música y danzas, deberá analizar su contenido y significado y llegará a captar sus Valores e intereses, para revelarlos y emplearlos en su labor educativa” (24).

Mientras Eduardo Torner asevera:

"...el maestro puede ampliar, bien con la consulta bibliográfica, bien recogiendo directamente del pueblo los elementos folklóricos, empresa fácil sobre todo cuando se trata de manifestaciones de la tradición oral meramente literarias: cuentos, leyendas, juegos, etc., en que no interviene la música y que, por consiguiente, no requieran el conocimiento de ninguna técnica especial" (25).

Es probable que estos autores en su entusiasmo por incorporar el folklore al sistema educativo, no reparan en que, como toda ciencia, precisa personal formado sistemáticamente durante años, con una sólida preparación teórica, metodológica y técnica que lo capacite para recoger y analizar los datos. Por otra parte no se pretende que el maestro o el profesor para dictar clases sobre Historia, Geografía, Lengua o Física deban efectuar previamente investigaciones sobre cada una de estas asignaturas. Para ello el docente no sólo necesitaría una preparación adicional sino que esta tarea le demandaría dedicación exclusiva, subtrayéndole de su labor específica.

Todavía no hay conciencia de que el estudio folklórico requiere especialistas. Se piensa que cualquier aficionado de nuestra tradición puede hacer este trabajo. Prueba de ello son los numerosos autodidactas que se han ocupado de copiar material folklórico. Han llevado a cabo estas recopilaciones con cariño, esfuerzo y empeño, pero, en la mayor parte de los casos, pese a las buenas intenciones, los datos proporcionados no reúnen los requisitos indispensables como para que esos hechos puedan ser objeto de análisis. Se ha confundido al folklore con el amor a lo nuestro, sin tener en cuenta que, como toda disciplina, debe definir con rigor lógico sus conceptos y explicarlos en el ámbito del comportamiento humano.

3. *Folklore vinculado al nacionalismo*

Ricardo Rojas en su obra *La Restauración Nacionalista*, aparecida a comienzos de este siglo, hace un alegato preconizando el afianzamiento de nuestra nacionalidad a través del folklore. Esta intención también está presente —implícita o explícitamente— en la mayoría de los autores, quienes patrocinan la incorporación del folklore a los planes de estudio de los diferentes niveles educativos. Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que el hecho folklórico no es una panacea aplicable de manera indiferenciada a cualquier ámbito del país. El fenómeno tiene una localización. Por consiguiente, si se quiere que constituya un puente de enlace entre la escuela y la realidad social, física y cultural en la que se desenvuelve el educando, se deberán tomar en consideración las expresiones folklóricas de cada región.

También anima a estos autores el deseo de que constituya un instrumento pedagógico para inculcar en el niño o el joven la conciencia de nuestras tradiciones y formarlo en sus deberes de ciudadano. En especial en un país como la Argentina que ha crecido sustancialmente debido al aporte inmigratorio. Consideran que de esta manera el alumno aprenderá a desarrollar sus potencialidades, al identificarse e integrarse con los valores positivos de su comunidad o su país. Asimismo estiman que por este medio tomará conciencia de su propio bagaje cultural, aprendiendo a justipreciarlo y respetarlo, contribuyendo de tal manera a su preservación y difusión.

Debemos recordar que, en general, los especialistas tienden a limitar lo folklórico a lo rural o a las áreas pobres de las ciudades. Desde esta perspectiva los valores rescatables para una identidad nacional serían únicamente aquellos que se manifiestan en un determinado sector social. En este caso el ámbito rural y los estratos más bajos de la estructura social.

Por otra parte, el vincular el folklore con el nacionalismo ha sido una predisposición frecuente en estos estudios. Esto se ha evidenciado preferentemente en aquellos estados que deseaban afirmar su independencia cultural como Finlandia, Noruega, Irlanda, Grecia y las nuevas naciones africanas, entre otras. En algunos casos, como repara Richard M. Dorson, la relación entre folklore y nacionalismo fue utilizada con fines políticos y en ocasiones se llevó a situaciones extremas ⁽²⁶⁾. Tal la manipulación del folklore para un proselitismo partidario como en la Rusia comunista o con una exacerbada xenofobia para fortalecer la ideología de una raza superior como en la Alemania nazi.

4. *Aplicación del folklore a la educación*

El concepto de Folklore Aplicado ha sido empleado por algunos autores de manera muy particular. Se piensa que es suficiente enseñar la forma externa de una manifestación para suponer que se está aplicando el folklore a la educación. Pero no es éste el criterio con que se ha adoptado el concepto en otras áreas donde tiene por objetivo resolver problemas sociales y lograr cambios en el comportamiento humano. Tanto George Foster como Roger Bastide, quienes se han ocupado de Antropología Aplicada, insisten en que no se puede modificar la cultura de un pueblo sin haberla conocido previamente ⁽²⁷⁾.

Ello implica estudiar la conformación social, la manera cómo la gente articula su vida dentro de la estructura formal e informal de la sociedad. Profundizar en las premisas de su comportamiento, entender el funcionamiento interno de esa cultura, sus interrelaciones, su sistema de valores. Esto permite prever cómo un grupo reaccionará frente a determinada situación. Después se podrán discernir las operaciones que se desean implantar, teniendo en cuenta las expectativas y necesidades del grupo, que no son forzosamente evidentes. "Luego, una vez comprendidas, podrá diseñarse y ejecutarse el plan que tenga mejores posibilidades de cubrir las necesidades locales y de alcanzar los objetivos del proyecto" ⁽²⁸⁾.

Como se ha indicado con anterioridad, los folkloristas y educadores desean aplicar el folklore a la enseñanza para afianzar el sentido de nacionalidad y para lograr que esos conocimientos sean respetados, enaltecidos y divulgados. Ellos también aspiran a solucionar una problemática y modificar una actitud social. Pero esto no se logra mediante la enseñanza, por ejemplo, de un proverbio, un mito, una danza o una artesanía desgajada de su contexto y de la significación que tiene para quienes participan de esa manifestación. Tampoco se alcanza sin un conocimiento cabal de la idiosincrasia de ese grupo o comunidad. Así planteado, terminará siendo un conocimiento superficial, que no cumplirá el propósito que lo guiaba. En tanto que es menester conocer y aplicar los valores profundos de un conjunto de individuos, quienes participan de determinadas tradiciones orales.

Un ejemplo muy ilustrativo es el caso de los "gamines" relatado por Sergio Nilo ⁽²⁹⁾. Se trata de niños vagos, organizados en pandillas delictivas en la ciudad de Bogotá, Colombia. Estos pequeños malhechores, desprovistos de una educación formal y desligados o abandonados por sus familias, viven atentando contra las leyes instituidas por la sociedad.

Los "gamines" han aprendido este comportamiento espontáneamente, y les permite integrarse a su grupo con los derechos, obligaciones y sanciones que él mismo impone. Tienen una determinada conducta transmitida de uno a otro entre los integrantes de la gavilla. Quienes emiten ese mensaje y quienes lo reciben, entienden esa propuesta pues responde a necesidades grupales. Comparten un código al atribuir, tácitamente, determinada significación a ciertas manifestaciones, las que a su vez identifican a sus integrantes al producir el reconocimiento de solidaridad y pertenencia al grupo.

Esta actitud se manifiesta en el presente, pero tiene arraigo en el pasado y surge al margen de las reguladas institucionalmente. Al decir al margen de las reguladas institucionalmente no me refiero a la situación delictiva de los "gamines", porque ésta no obstante quebrar las normas institucionales, está prevista y sancionada por ellas. Aludo con ello a una manera de vivir que los "gamines" han ido aprendiendo, que no está pautada por las instituciones oficiales. Como es sabido, lo institucional surge como un imperativo de toda sociedad que quiere configurar un sistema que a través de sus organismos controle pautas, relaciones y procesos para satisfacer las necesidades primordiales de la población. Paralelamente a este sistema hay otro que surge espontáneamente y es justamente el comportamiento folklórico.

Considero que la actitud de los "gamines" tiene las características de un hecho folklórico tal como lo formulamos en otro trabajo ⁽³⁰⁾. Por cierto que este concepto de Folklore no coincide con el sustentado corrientemente por los especialistas argentinos. Se asemeja, en cambio, a los planteos teóricos recientes de especialistas europeos y norteamericanos dedicados al estudio de la nueva problemática de esta ciencia.

En el caso de los "gamines", las autoridades colombianas preocupadas por esta situación que amenazaba acrecentarse, recurren a la ayuda de un equipo interdisciplinario compuesto por docentes, psicólogos, antropólogos y sociólogos. Estos deciden primeramente estudiar la estructura del grupo y sus interrelaciones para determinar sus valores predominantes. Encuentran que éstos son: libertad, autonomía, sentido de lealtad grupal, aventura e inmediatez. Por supuesto, como ya lo advierte Sergio Nilo, estos valores pueden estar presentes en cualquier cultura, pero lo que los distingue es la manera en que los jerarquizan. Una vez determinados los valores, resuelven aplicarlos a un novedoso sistema educativo ideado especialmente, fundado en los valores reales de la "cultura gamín". La experiencia ha tenido resultados muy exitosos. No solamente se ha recuperado un alto número de delincuentes sino que se ha logrado un productivo rendimiento escolar tanto en el nivel primario como en el secundario.

Este es un buen ejemplo del Folklore Aplicado a la Educación. Aparentemente el equipo interdisciplinario que estudió esta cultura y creó un sistema educativo para ella no se percató de que estaba ante un hecho folklórico. No obstante, advirtieron la capacidad formativa de los valores adquiridos espontáneamente y los aplicaron con resultados tan felices que

a ellos mismos los asombraron. Implícitamente reconocieron, al igual que lo han hecho folkloristas de otras latitudes, que el Folklore es una de las disciplinas mejor dotadas para dilucidar los valores profundos de una sociedad.

5. Conclusiones

Este breve informe no intenta proponer soluciones acerca del Folklore Aplicado a la Educación. Estas deberán surgir de un análisis minucioso del tema encarado por un equipo interdisciplinario. Procura tan sólo hacer un llamado de atención sobre dicho concepto, tal como ha sido empleado hasta ahora, adhiriéndose a la propuesta esbozada por Renato Almeida en 1967⁽³¹⁾.

Se advierte que a menudo no se ha definido con claridad al fenómeno folklórico. Tampoco se ha tenido en cuenta el replanteo que en la actualidad tiene la ciencia que lo estudia, según las nuevas orientaciones de los distintos tratadistas a nivel internacional. Asimismo no se ha considerado que la noción de "aplicación" no importa meramente mostrar un hecho, sino determinar cómo éste se articula en la estructura social y las necesidades que pone de manifiesto para inducir una modificación en la conducta humana. Para ello es imprescindible conocer la cultura del grupo en el cual se desea introducir la transformación.

Si algunos elementos de nuestra tradición sirven para fortalecer la identidad nacional, es loable que se proceda a incorporarlos a la enseñanza. Es probable también que no siempre constituyan hechos folklóricos. No obstante, si contribuyen a la formación del ciudadano están cumpliendo un cometido fundamental, se trate o no de un fenómeno folklórico. Pero se debe cuidar de no considerarlo como un repertorio ajustable a todas las regiones, sin tener en cuenta la diversidad cultural de los distintos ámbitos del país, sean rurales, urbanos o suburbanos. En tanto que deberá atenderse a las circunstancias históricas y coyunturales que plasma el folklore de cada una de las comarcas de nuestro territorio.

Si se admite que el folklore puede virtualmente constituir un apoyo didáctico, es preciso diferenciarlo del resto de los comportamientos sociales. En ese caso, además de ser un auxiliar, plantea una responsabilidad tanto para el pedagogo como para el maestro y el folklorista. El primero debe seleccionar apropiadamente aquellos elementos útiles para el desarrollo del educando y administrarlos en el momento oportuno, teniendo en cuenta que el valor formativo de ese fenómeno social debe estar en armonía con la cultura del grupo en el cual se lo desea implantar o difundir. El maestro advertirá que el conocer el folklore de la comunidad en donde ejerce la docencia le facilitará la comunicación con sus alumnos y la comprensión de la idiosincrasia del grupo.

El folklorista, a su vez, es el especialista idóneo para aportar el material en esta empresa. Para él implica un estímulo y un desafío. Constituye un aliciente para que sus indagaciones no se conviertan en puras especulaciones acerca de un hecho cultural que concluyan olvidadas en el cajón de un escritorio. Esto servirá para señalar una faceta más de la investigación al mostrar en forma evidente su utilidad para la sociedad. También porque lo compromete a continuar estudiando las manifestaciones folklóricas. Pero además representa un reto para el folklorista porque su trabajo

no consistirá únicamente en la recopilación de datos sino que deberá proceder a interpretar su significado, sus interrelaciones y los valores que ese hecho entraña.

Para esta tarea se requiere tanto del apoyo de los organismos gubernamentales como de los académicos y científicos. Curiosamente, mientras en otras naciones se ha tomado conciencia de la importancia del Folklore, en la nuestra ha menguado esta actividad. Hoy no existen en la Argentina ni institutos ni publicaciones periódicas dedicadas con exclusividad a esta labor.

Como conclusión, queda clara la necesidad de especificar y esclarecer el concepto de Folklore aplicado a la Educación, tarea que deberá encararse previamente a su puesta en práctica. De lo contrario no se alcanzará efectividad y sólo se logrará acentuar la confusión ya existente.

NOTAS

- (1) Ricardo Rojas, *La Restauración Nacionalista*. Buenos Aires, Librería La Facultad, 1922.
- (2) Juan Alfonso Carrizo, *Historia del folklore argentino*. Buenos Aires, Instituto Nacional de la Tradición, 1953, p. 21.
- (3) Conforme al acuerdo entre muchos especialistas, cuando Folklore figura escrito con inicial mayúscula se refiere a la ciencia, en tanto que en minúscula alude al objeto que ella estudia.
- (4) Ralph Steele Boggs, "El Folklore en la escuela". En: *Folklore Américas*, v, VI, Nº 1-2, June and December 1946, p. 11-12.
- (5) Steele Boggs, Op. Cit. p. 1-13; Ismael Moya, *Didáctica del Folklore*. Buenos Aires, El Ateneo, 1948.
- (6) Arcadio de Larrea Palacin, *El Folklore y la Escuela*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1958; Eduardo M. Torner, *El Folklore en la escuela*. Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1936; Mildred Merino de Zela "El Folklore y la educación escolar en España". En: *Folklore Americano*, año II, Nº 3. Lima, 1955, p. 249-254; Mildred Merino de Zela, "El Folklore en el proceso educativo". En: *Folklore Americano* Nº 19, México, Junio 1975, p. 35'44; Alvaro Fernaud Palarea, "Folklore y Educación ¿Conceptos antagónicos? En: *Folklore Americano* Nº 28, México, Dic. 1979, p. 23-43; Ofelia Deléon Meléndez, "Tradiciones populares guatemaltecas y su aplicación en la enseñanza". En: *Folklore Americano*, México, Nº 28, México, Dic. 1979, p. 23-43; Ofelia Deleón Meléndez, "Tradiciones populares Ed. Estrada, 1969; Augusto Raúl Cortazar, *Ciencia folklórica aplicada*. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1976; Félix Coluccio, *Folklore para la escuela*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1965.
- (7) Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología, dependiente de la Secretaría de Estado de Cultura del Ministerio de Cultura y Educación y Biblioteca del Museo Etnográfico, dependiente del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- (8) Larrea Palacin. Op. Cit. p. 17-18.
- (9) Martha Blache y Juan A. Magariños de Morentin. *Síntesis crítica de la teoría del Folklore en Hispanoamérica*. Buenos Aires, Tekné, 1980.
- (10) Coluccio, Op. Cit. p. 9-10; Cortazar, Op. Cit. p. 43.
- (11) C. Rodríguez Medina. *Iniciación Literaria*. Asunción, Colegio de San José. Texto para 4º curso, s/f.
- (12) Martha Blache, "Análisis estructural de una creencia de la zona guaraníca: el Lobisón". En: Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología, v. 8, Buenos Aires, 1972-1978, p. 21-42.
- (13) Augusto Raúl Cortazar. *El Carnaval en el Folklore Calchaquí*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana, 1949.
- (14) Blache, Magariños, Op. Cit. p. 8.

- (15) Manuel R. Dannemann, "Teoría folklórica. Planteamientos críticos y proposiciones básicas". En: *Teorías del Folklore en América Latina*. Caracas, INIDEF, 1975, p. 17.
- (16) Larrea Palacín. Op. Cit. p. 92.
- (17) Augusto Raúl Cortazar. *Esquema del Folklore*. Buenos Aires, Columba, 1959, p. 70.
- (18) Merino de Zela, El Folklore en el proceso educativo. Op. Cit. p. 38.
- (19) Fernaud Palarea, Op. Cit. p. 31.
- (20) Ibid., p. 37.
- (21) Torner, Op. Cit. p. 14.
- (22) Moya, Op. Cit. p. 235.
- (23) Bruno Jacovella, "Los conceptos fundamentales clásicos del Folklore. Análisis y crítica". En: *Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas*. Buenos Aires, 1960, p. 40.
- (24) Merino de Zela, El Folklore en el proceso educativo, Op. Cit. p. 36.
- (25) Torner. Op. Cit. p. 5.
- (26) Richard M. Dorson, "Recent Folklore Theories". En: *Current Anthropology*, v. 4, Nº 1, February 1963, p. 93-112.
- (27) George M. Foster. *Antropología Aplicada*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974; Roger Bastide. *Antropología Aplicada*. Buenos Aires, Amorrortu, 1971.
- (28) Foster, Op. Cit. p. 20.
- (29) Sergio Nilo, "Una aproximación a la realidad educativa Latinoamericana". Mimeografiado. Departamento de Asuntos Educativos. OEA. Washington, D.C. Nov. 1980, p. 13-15.
- (30) Blache, Magariños. Op. Cit. p. 70.
- (31) Renato Almeida, "Folclore e educação". En: *Revista de Etnografía*. Porto, v. 9, t. 1, Nº 17, julio 1967, p. 77-84.